

Justine Lévy

# Y la vida sigue

Traducción de Raquel Martínez Hortet



Me presenté en vaqueros al entierro de mi abuela. No creí que fuera a chocarles tanto, creí que nadie repararía en ese detalle. Ella no lo habría hecho. Cuando me vestí, pensé en otras cosas, no sé exactamente en qué: mi abuela no está muerta, no van a enterrar a mi abuela, tengo que llamar a mi abuela, algo así.

Alguien había organizado una especie de fiesta después del entierro. El término exacto no es fiesta, no sé cuál es el término exacto. Me subí a un taxi y le dije al conductor: En marcha, en marcha. Sí, pero ¿adónde? No lo sé, a la rue du Four,<sup>1</sup> por ejemplo, a mi despacho. Y me libré, no quería asistir a esa fiesta: nunca me han gustado las fiestas. Hace años, con trece o catorce, en la época en que no estaba ni con papá ni con mamá, viví con ella, con mi abuela. Y ella me obligaba a salir, a ir de

1. Literalmente: la calle del fracaso. (*N. de la t.*)

fiesta, de noche, y me prestaba vestidos. Hay abuelas que obligan a sus nietas a ir a la escuela o a terminarse toda la comida del plato: a mí, mi abuela me obligaba a salir de fiesta.

Tengo una espinilla, lloriqueaba yo. Para mí esa espinilla era el fin del mundo. Toda yo sentía ser una espinilla, una enorme espinilla. ¿Qué espinilla?, me preguntaba mi abuela sin ni siquiera mirarme. ¿Dónde? Aquí, en la nariz, ¡una segunda nariz sobre la nariz! Eso no es nada, mujer, incluso queda graciosa: te la convertiré en un lunar. De eso nada, le decía yo (un lunar en la nariz, ¡qué ocurrencia!), pero ella se salía con la suya, me maquillaba y me disfrazaba de ella, o quizá fuera disfrazada de mamá, no lo sé: los ojos pintados, la boca de color cereza, purpurina en las pestañas. Y la espinilla parecía haber desaparecido. Me encantaba ser alguien diferente. No era ella, o al menos no exactamente, sino otra persona, y casi me gustaba, pero ya en el coche siempre terminaba llorando de miedo y de vergüenza. Y si el maquillaje no se mantenía intacto y si no era duradero: Cenicienta antes de la medianoche. Haría el ridículo, parecería boba y me verían fea, entonces todos se darían cuenta. Aquel día, en el taxi, no lloré. No iré a la fiesta, me decía. Mi abuela ha muerto. Tenía la más maravillosa de las abuelas, pero ha muerto y no puedo llorar.

Mi móvil sonó, lo recuerdo. Número oculto: será Adrien o quizá sea mamá. Mamá siempre un poco a contratiempo, siempre con urgencias extrañas. Mamá

está todavía más hecha polvo que yo. Quizá ahora mismo esté llorando, me dije. La adoraba, era su único vínculo con papá. A lo mejor me llamaba para llorar conmigo. Pero yo no tenía ganas de llorar, no tenía ganas de nada, absolutamente de nada. Solo quería un cigarrillo, ¡ah!, ¡pero si ya estaba fumando! De todas formas ella dejaría grabado un mensaje: Minou, Minou, ¿estás ahí? Antes, con Adrien, solíamos grabar en el contestador mensajes a dos voces: cada uno pronunciaba una palabra, una frase o la misma frase. Estar juntos nos hacía felices, nos sentíamos felices y orgullosos, dos imbéciles felices y contentos de su gran amor. ¡Ah!, se van a enterar. ¡Ah!, ya lo verán. ¡Sí!, saquemos a pasear a nuestro gran amor delante de sus narices, a nuestro insolente y poderoso amor, este cuerpo con dos cabezas, esta alma con dos cuerpos, o él me hacía cosquillas y yo terminaba riéndome o decíamos tonterías y nuestros padres nos regañaban. ¿Qué significa ese mensaje? ¡Ya no sois unos críos! ¡Esto no es serio! Sí, sí lo es. Nos amamos muy en serio: hace tiempo que dejamos de ser unos niños y nos amamos muy, muy en serio.

123, a pesar de todo consulto el buzón de voz. En efecto, mamá, papá, Gabriel y, luego, en los mensajes guardados, un mensaje de ella, de mi abuela: una voz que suena lejana y que apenas reconozco. Hola, mi bebé Lou. Para ella siempre fui su bebé Lou. Es su voz, aquí, en el interior de mi oreja, y está muerta, pero es su voz, tranquilizadora y envolvente. ¡Hola, hola! Me llamó desde su pequeño teléfono rojo, ¡le gustaba tanto el co-

lor rojo! Su descapotable, rojo; la moqueta de su cuarto de baño, roja; su conjunto de esquí, que me prestaba siempre que quería vacilarle, rojo. Su voz en mi oreja, como de costumbre, una corta espera tras pronunciar ¡Hola!, el toque de ironía al decir Mi Bebé Lou, cuando ya se sentía muy débil, agonizando. Sin embargo, no puedo llorar. No puedo llorar, pero algo se me remueve, un pellizco cerca del corazón, una palpitación parecida a la que sentimos después de correr muy deprisa. No debería haber escuchado los mensajes, me digo, pero todavía no puedo llorar.

Cuando Adrien me abandonó, ella me dijo Gran liberación. Yo estaba rota en mil pedazos, loca, y ella me decía Gran liberación, no estaba hecho para ti, era un crío, un embaucador. Yo le preguntaba ¿Un embaucador? ¿Un embaucador de qué? Un embaucador del vacío, un embaucador que agita los brazos y bate el viento. Así, ¿ves? Eso es lo que me dijo mi abuela cuando me abandonó el embaucador. También en el cementerio ando trastornada, demasiado destrozada para llorar, sin reacción, sin alma y en vaqueros. A mi abuela le encantaban los vaqueros, consideraba que le hacían buen culo. Siempre llevaba vaqueros: creía que combinarlos con unos bonitos zapatos era chic. Llevo unos zapatos bastante feos, así que no estoy nada chic, pero ¿qué importancia tiene? Ella ya no está aquí para decirme, siempre divertida y contenta, Louise, ¡qué chic eres!

No como Adrien, quien a pesar de que no nos vemos desde... ¿hace cuánto tiempo?, ¿seis meses?, se

abalanza sobre mí como un guisante saltarín que escapa de la masa compacta y fisgona. ¡Anda que elegir este momento y este lugar! Debería haberme avisado, sabe que detesto las sorpresas. De todas formas, estoy demasiado sedada como para sorprenderme de nada. Se lanza sobre mí, con los ojos rojos y el rostro trastornado, nervioso, terroso. Mueve el mentón de una manera algo extraña, parece tener un tic o hipo. Me dice: ¡Mi bebé, mi amor, mi osito!, mientras llora abrazado a mí, retorciéndose las manos, sus cortas manos, ¡vaya!, violáceas en los nudillos. Las manos de otra persona. En su muñeca luce un reloj grande y brillante como el que acostumbran a llevar los vips y el tipo de gente del que nos burlábamos cuando estábamos juntos, cuando nos amábamos y éramos como dos siameses que no tienen la necesidad de explicarse por qué se mofan hasta ese punto de los demás. Un reloj caro, pensé, lo que significa: Tengo mucho dinero aunque no demasiado tiempo y, no obstante, ¿ves?, he venido al entierro de tu abuela.

Parece contento con su reloj, feliz de estar aquí y sobre todo de llorar, de mostrarle a todo el mundo que esta aquí y que llora. Quizá esta mañana haya ensayado ese nuevo movimiento de mentón frente al espejo. Quizá lo haya ensayado con Paula, la nueva mujer de su vida. Un embaucador de la tristeza, me digo, como lo habría definido mi abuela, mientras dejo que me abrace. Luego, cuando se despega de mí (no respondo a su abrazo, mis brazos cuelgan a ambos lados de su chaque-

ta, ¿Me queda bien la chaqueta?, debe de haberle preguntado a Paula antes de salir), siento mi cuello empapado de sus lágrimas. ¡Bah! Me mira fijamente, de arriba abajo, con una mezcla de incredulidad y de reprobación: mis vaqueros, por supuesto.

Ese día no estoy triste. Mi abuela está muerta. Me siento tan tumefacta, desesperada y destruida que no consigo estar triste, no puedo llorar. A mi alrededor, un montón de gente que no conozco, personas amontonadas y afligidas, personas que parecen conocer la razón por la que se encuentran aquí y el porqué de su tristeza, personas que habrán llegado de otras ciudades, de ciudades lejanas, de Marsella, de Madrid, de Tel-Aviv, de Nueva York. Es su familia, mi familia. La querían y también parecen quererme a mí. Se dirigen a mí. Mi más sentido pésame. Lo lamento mucho. Si puedo hacer alguna cosa... Ella era tan excepcional... No dudes en pedírmelo. Y mi padre y su tristeza: nunca lo había visto tan triste, hasta ahora nunca había comprendido que mi padre era también un hijo, pero ¿cómo consigue él llorar? ¿Se da cuenta de que su hija, pegada a él, es incapaz de llorar? Todos lloran. Se acercan a mí y me dicen palabras amables, torpes o tiernas. Y pienso Callaos, no puedo llorar porque vosotros lloréis, y, cabizbaja, con la puntera de mis zapatillas de deporte, dibujo círculos, corazones y cuadrados en la arena. Solamente me siento culpable de estar aquí y no poder llorar, culpable de llevar puestos unos vaqueros, de que un crío me dejara tirada, de estar viva y en vaqueros y no poder llorar.

Pienso muerta, muerta, muerta. Ella está muerta, difunta, fallecida, exánime. Y no me importa. ¡Qué asco de vida! Una sucia pena de amor y, ¡hala!, me convierto en una muchachita con el corazón vacío que observa con maldad a los chicos amables y que es incapaz de soltar una lágrima en el entierro de su abuela.

Acostumbro a llorar con facilidad. Lloro por cualquier cosa: cuando me caigo, cuando me duelen los dientes, cuando me empujan, cuando tengo miedo, cuando estoy cansada, cuando quiero que me dejen en paz... Por cierto, me gustaría que en este momento me dejaran tranquila, que mi móvil dejara de sonar. Todos deben de estar preguntándose dónde estoy. ¿Nadie la ha visto desde que salió del cementerio? ¡Estaba tan triste!, pobrecita, pequeña Louise. Habrá corrido a esconderse para llorar en paz.

¿Cuál fue la última vez que lloré? ¿Cuando después de pedir un *steak tartare* en la cafetería que está justo al lado de mi casa me di cuenta de que había olvidado coger dinero y, al no atreverme a decirlo, eché a correr, por lo que desde entonces me veo obligada a volver siempre a casa dando insensatos rodeos? ¿Cuando en la parada de autobús le dibujé un bigote a una Paula de dos metros en un anuncio publicitario y una vieja me trató como la peor de las delincuentes? ¿Cuando quise arrancarme la alianza y el dedo se me fue hinchando tanto que tuve que pedir que me la serraran? No. En esas ocasiones tampoco lloré. Abandonada, dejada, tirada, el impacto me chernobilizó. Sin duda por esa razón



salí del bar como quien no quiere la cosa y, acto seguido, me retorcí los dedos con fuerza, para llorar, para sentir las ganas de llorar, auténticas lágrimas tibias y tranquilizadoras, el gran consuelo de las lágrimas derramadas.

    Mi abuela está muerta. Ese día me hubiera gustado haber sentido aunque fuera unas pocas ganas de llorar, unas pocas ganas de creer que lloraría, pero no, yo he perdido las lágrimas como quien ha perdido la vista o la voz.